

Ignacio Ellacuría, filósofo y rector

Fernando Fernández Font, S. J.*

Resumen

Este texto es la conferencia que el autor impartió en la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” (UCA) de San Salvador, en 2014, con motivo del 25 aniversario del asesinato de Ignacio Ellacuría. La conferencia recoge los principales aportes de Ellacuría a la teología, a la filosofía, a la política y a la universidad desde el trasfondo del pensamiento de Xavier Zubiri. El autor muestra la relevancia que los conceptos de “realidad” y de “inteligencia sentiente” tienen en la posición que Ellacuría asumió desde su contexto histórico; posición indispensable para enmarcar el compromiso de las universidades jesuitas con la verdad, la justicia y la libertad.

Palabras clave:
filosofía, realidad, inteligencia sentiente,
compromiso con la justicia.

* Rector de la Universidad Iberoamericana de Puebla, México.

Es un honor inmerecido el estar ahora parado frente a ustedes, celebrando el XXV aniversario del martirio del P. Ellacuría y sus compañeros y compañeras mártires. Y lo digo con toda verdad, pues sin duda, entre las personas aquí presentes o entre los que ya han participado estos días en la Cátedra de Realidad nacional, hay muchos más que podrían hacer este homenaje, esta memoria, con más y mejor conocimiento, cercanía o fraternidad que yo, a partir de la experiencia que tuvieron con el mismo Ellacuría. Sin embargo, hay momentos en la vida de cada uno en los que somos llevados a realizar actividades para las que no nos sentimos capacitados, pero que se hacen simple y llanamente por solidaridad y gratitud. El mantener viva la memoria de aquel que se entregó hasta la muerte, a la manera de Jesús, y que así sigue fecundando profundamente nuestro caminar universitario, merece ampliamente la pena.

Muy rico sigue siendo su legado y muchos los aprendizajes que de él podemos seguir extrayendo. Su vida es una herencia que aún no terminamos de agotar. Esa es, cuando menos, mi convicción y lo que en este momento también me motivó a aceptar la conferencia. No intentaré más que hacer una relectura de la forma como Ellacuría procedió como rector, desde el trasfondo de la filosofía de Zubiri, su gran maestro, a fin de mostrar algunas de las raíces filosóficas con las que procedió en el contexto histórico que le tocó vivir, para así —como diría el P. Ignacio— “reflexionar para sacar provecho”.

Poco tengo que decir de mi experiencia con Ellacuría. Lo conocí en las primeras reuniones de los encargados de la formación de estudiantes jesuitas de América Latina Septentrional a nivel de filosofía. En uno de esos encuentros, lo recuerdo recorriendo pausadamente el centro histórico de Quito, acompañados por el vasto conocimiento cultural con que Pedro Trigo nos iba describiendo los monumentos coloniales de esa maravillosa ciudad.

Posteriormente, nos volvimos a encontrar en México, en una de sus salidas de El Salvador debidas a las amenazas del régimen salvadoreño. Aunque no como fruto de una presencia directa, la fama de Ignacio había llegado con mucha fuerza a tierras mexicanas. Para esas fechas, la Provincia mexicana de la Compañía de Jesús había recibido a los estudiantes jesuitas de Centroamérica, con la finalidad de que continuaran sus estudios de filosofía en nuestras tierras, dada la imposibilidad de realizarlos en el mismo Salvador, por causa de la guerra. En ese momento, a varios de nosotros, los responsables de la Facultad de Filosofía de la Provincia mexicana, se nos abrió la ilusión de que Ellacuría pudiera incorporarse al claustro de profesores. Sabíamos de su relación con Zubiri, de cómo su estructura mental y su misma praxis se habían conformado desde los planteamientos de ese gran filósofo, también vasco. Además, por esas fechas, alrededor de 1980, las revoluciones de Centroamérica nos animaban la utopía, el sueño de una sociedad más justa, más solidaria, más fraterna. Sin embargo, Ignacio decidió no permanecer en México, sino poner su residencia en España, donde podría continuar la elaboración de su pensamiento en contacto con su gran maestro y desde ahí seguir viendo la posibilidad de regresar lo más pronto posible a El Salvador.

Pocos años después, en el 83, Ignacio ya había vuelto a este país y ocasionalmente regresaba a España, pues Zubiri no publicaba nada que no fuera revisado por él y, casi, hasta que no le diera su visto bueno. Mientras tanto, hacía yo mi tesis doctoral en la Universidad de Comillas, en Madrid. Un buen día, para mi sorpresa, recibí una llamada telefónica de Ellacuría invitándome a tomar un café. Se me hizo tan extraño que él me buscara cuando nuestra relación había sido un tanto efímera; sin embargo, la admiración que yo sentía por él, me hizo aceptar sin dudar. Ahora que lo pienso, me parece como un sueño. Recordarlo en un café, sentados, compartiendo la situación del Salvador, lo que él estaba viviendo, su convicción de hacer

hasta lo imposible, a fin de liberar al pueblo por el que él había optado, fue para mí una experiencia que no olvidaré: sumamente impactante, profunda, extraordinariamente grata que, sin dudar, marcó mi futuro.

Y fue ahí cuando me dejó sembrada —entre otras inquietudes— la de introducirme también en el estudio de Xavier Zubiri. Con su evidente ironía, las veces que nos encontramos, no dejó de decirme que ya dejara de estudiar a Dilthey, autor sobre el que yo estaba haciendo mi tesis doctoral; que no perdiera el tiempo y que mejor me dedicara a Zubiri. Por supuesto que no le hice caso; no era momento, a mitad de mi doctorado, de cambiar de rumbo y de autor; pero ciertamente me hizo reflexionar mucho su invitación. La gran pregunta que él me había sembrado era cómo un filósofo europeo, tan distante de las luchas de América Latina, podía inspirar a una persona como Ellacuría. ¿Qué fue lo que él vio en Zubiri que le permitía, no solo entender mejor la realidad centroamericana, sino comprometerse, aun con el riesgo de su propia vida, en una verdadera lucha por la libertad de su pueblo?

Desde el 68, con la *Conferencia de Obispos de Medellín*, había comenzado la teología de la liberación y, poco después, la filosofía. ¿Por qué Ellacuría miraba, entonces, con una cierta predilección hacia su tierra natal y hacia un filósofo también euskera como él, y menos hacia América Latina y hacia todos aquellos pensadores que ahí iban surgiendo y que igualmente buscaron iluminar el compromiso de su pueblo desde un pensamiento que liberara para la acción y el compromiso?

Esa inquietud me acompañó el resto de mis estudios, hasta que, una vez terminado el doctorado y ya de regreso a México, comencé a realizar junto con mis alumnos el estudio de Zubiri, dado que el bien recordado “Viudo”, Alberto Navarro, jesuita mexicano, había comenzado a poner la filosofía de Zubiri, como columna vertebral de la formación filo-

sófica en México. En el 83, aún yo en España, Ellacuría me invitó a la presentación de la trilogía de Zubiri sobre la *Inteligencia sentiente*, en un auditorio de no más de trescientas personas. Conocer personalmente a uno de los filósofos más importantes del siglo XX fue una vivencia sumamente impactante que pude tener gracias a él. Con Diego Gracia y Pedro Laín Entralgo, Ignacio presentó la *Inteligencia sentiente*, a un lado de Xavier Zubiri. Poco después, cuando terminó de retocar su obra, *El hombre y Dios*, moría este gran filósofo.

Ignacio Ellacuría, el filósofo rector o el rector filósofo: algunas claves para profundizar en su legado

No es ninguna novedad —como lo acabo de exponer— afirmar que el núcleo del pensamiento de Ellacuría surgió de Xavier Zubiri. Es evidente que el espectro de conocimientos que manejaba, tanto en filosofía como en teología, era más amplio; pero, sin duda, su estructura mental se había gestado en contacto con el filósofo vasco. En una ocasión, a este propósito, me narró que, estando en un congreso mundial de teología en el Escorial, González de Cardedal le había espetado una crítica y, junto con él, a la teología de la liberación, en la que señalaba que sus reflexiones y propuestas estaban bien, pero que el sustento en otros autores y el aparato crítico que manejaban era realmente pobre, pues no citaban a los grandes teólogos europeos; que su pensamiento estaba encerrado en América Latina y se estaban perdiendo de la discusión europea sobre los temas que la modernidad discutía. Con la clásica parsimonia que le caracterizaba, especialmente cuando acudía a su aguda ironía, simplemente le contestó: “Es verdad; tienes razón; el problema es que los grandes y graves problemas que estamos enfrentando en nuestros países, no nos dan tiempo para leer, y eso nos ha obligado a pensar”.

La realidad y el ser

La “realidad” como concepto filosófico, eje central de la filosofía de Zubiri, se

convirtió también en eje central de la suya. La realidad “da que pensar”, y eso fue lo que hizo Ellacuría. Pero ¿qué es lo real?, ¿es lo mismo que la realidad?, ¿por qué la importancia de tal categoría? Responderíamos, simple y complejamente, porque la *realidad* es el fundamento de todo lo real; es lo último, aquello que sostiene y posibilita que todo lo que es pueda ser. Es el objeto formal de la inteligencia, aquello para lo que ella está formalmente diseñada y a la que necesariamente se dirige.

A diferencia de la filosofía clásica trascendental (la neo-escolástica), para la cual lo último es el “ser”, en el “Realismo trascendental abierto” de Zubiri, el ser es algo posterior, no es lo primero: el ser es el modo como las cosas son en un momento determinado, y por ello pueden modificarse; las cosas son en la medida en que participan de la formalidad de realidad, pero no en la medida en que participan del ser. Esta “formalidad de lo real” o “de-suyo”, es lo que distingue a una cosa, de una idea; es lo que hace que una cosa sea real; es su fundamento. De ahí que lo esencial de la experiencia humana no sea la pregunta por el ser, sino la pregunta por el modo como cada uno tenemos que “habérnosla con la realidad”. A final de cuentas, este es el sentido de la búsqueda permanente del ser humano.

La filosofía trascendental neo-escolástica, al afirmar que lo último de la realidad era el ser, sostuvo igualmente que su acceso estaba mediado por el acto concipiente de la afirmación. En consecuencia, llegar al concepto era haber llegado a la esencia de las cosas, al ser, a la verdad misma, a lo trascendental, al mundo que nos permitirá vivir en las luces, contrapuesto al mundo de las sombras. Claro, no como Platón ni como Husserl; pero tampoco tan distante.

Dualismo antropológico

Apoyado en Zubiri, Ellacuría criticó la dicotomía de esta concepción que contraponía lo sensible a lo inteligible y afirmaba la

racionalidad como la dimensión esencial del ser humano, con lo cual evidenciaba la falacia del concepto y su capacidad de congelar las realidades: con él podemos hacer lo que sea, concepción que facilitó el manejo ideológico de las situaciones sociales, de acuerdo a los intereses de los grupos dominantes.

El reto, entonces, no era debatir conceptos, llenar la inteligencia de ideas, sino dejar que la realidad, por más dolorosa que fuera, estuviera en la inteligencia. No es fácil llamar a las cosas por su nombre. Tenemos demasiados intereses; nos cuesta trabajo reconocer lo que es injusto, lo que es el abuso, la mentira; lo que no responde a la realidad. De ahí que el esfuerzo de la inteligencia —mirada desde esta función sustantiva— no debía ser otra que permitir que la realidad sea la voz de todo lo que en ella nos duele, pero simultáneamente que también ella sea capaz de mostrar todas las posibilidades que ella contiene. La fidelidad, en consecuencia, no ha de ser al concepto que esclerotiza las cosas, sino a la realidad que siempre ofrece nuevas posibilidades de transformación, a fin de que ella hable a través de nuestra inteligencia y podamos descubrir lo que en ella es real pero aún no evidente.

A fin de cuentas, la filosofía escolástica no fue capaz de superar el racionalismo de la modernidad ni los planteos básicos de la filosofía aristotélico-tomista. La antropología derivada de esa postura obligó a seguir concibiendo la esencia de la persona por su capacidad de pensar, de idear, de formular teorías. El ser humano no dejó de ser “un animal racional”; un ser cuya característica determinante seguía siendo la racionalidad, y los conceptos, su fundamento, despreciando peligrosamente la sensibilidad. Por eso, tal antropología se convirtió en la heredera de los grandes relatos que tan duramente fueron criticados por la postmodernidad, con el mentís de los regímenes totalitarios, con las guerras mundiales, con los imperios que con la bandera de la libertad arrollaron pueblos enteros, conquistaron y dominaron a otros e

impusieron su ley para arrebatarles más allá de sus riquezas, la propia vida.

Interesante que una concepción de la inteligencia o del conocimiento, pudiera llegar a consecuencias y resultados tan dispares.

Más allá del ser, contra la dictadura del concepto

Para Ellacuría, por consiguiente, saber que el “ser de las cosas” no es lo último, le abrió la posibilidad de idear su transformación. Es evidente que la situación del Salvador aparecía como un hecho incontrovertible, frente al cual lo único posible era la aceptación resignada de lo que vivían los pobres frente a la riqueza de las diecisiete familias dueñas del país. Así han sido las cosas; pero no tienen por qué seguir siendo así. El ser es algo estático; la realidad es algo dinámico. La realidad no solo hace que las cosas sean lo que son, sino que ella misma alberga las posibilidades de su transformación y el dinamismo necesario para lograrlo. De ahí que el esfuerzo que ha de realizar la acción universitaria debe “ir encaminada a liberar la realidad del imperio del ser y a subordinar éste a aquélla, como un momento de lo real, como una actualidad”¹, según lo formuló el Mtro. David Fernández.

Inmerso en la realidad, Ellacuría tuvo el gran mérito de “desvelar la verdadera realidad” contra los discursos ideológicos en los que se ocultaba el régimen, al mismo tiempo que propuso los caminos de su transformación. Obvio, con su mente aguda pudo calar hondo en la esencia de las cosas, además de que tuvo el valor de publicitarla, a pesar del riesgo que eso suponía. Decir la verdad, exponer la verdadera realidad de la lucha en la que se encontraba inmerso el país, se convirtió en algo tan simple como peligroso. Tan sencillo y tan complicado como esto; pues,

en el fondo, exponer la situación sociopolítica determinada era desmentir el discurso oficial del Gobierno y develar las mentiras que lo sostenían. Como él mismo señaló, “en un mundo donde reina la falsedad, la injusticia y la represión, una universidad que luche por la verdad, por la justicia y por la libertad, no puede menos de verse perseguida”².

Fidelidad a la realidad

Él supo ser fiel a la realidad, ponerla en primer lugar y, a partir de ella, penetrar en su estructura profunda. El que es capaz de llegar a las notas esenciales de las diversas realidades sociohistóricas y mirarlas desde su estructura dinámica, será quien esté en las mejores condiciones para modificarla, porque está tocando lo último o, cuando menos, tendrá más elementos para proponer el sendero del cambio. Llamar injusta a una situación, sacar a la luz las razones por las que eso se afirma, descubrir la mentira y la ideología con la que se quieren ocultar esas realidades, es parte de la función esencial de la inteligencia para el mismo Zubiri. La verdad no tiene partido, cuando su fundamento es la realidad. Habiendo conquistado tal estructura, el siguiente paso era evidente. Así lo expreso Ignacio: “No basta buscar filosóficamente la verdad; hay que procurar filosóficamente realizarla para hacer la justicia y construir la libertad”.

En otra latitud no muy lejana, de manera muy espontánea y “sin aparatos críticos”, sino obligados por la misma vida, el grupo rebelde de la selva chiapaneca de México, los Zapatistas, formularon la diferencia entre el “mal gobierno”, cuya palabra no es verdadera porque busca ocultar sus intereses, y el “buen gobierno” que ellos mismos proponían, cuya palabra sí poseía la verdad porque nada ocultaba, pues nada tenían que perder. Mostraron

1. David Fernández, *Ignacio Ellacuría: vida, pensamiento e impacto en la universidad jesuita de hoy*. México: Universidad Iberoamericana, 2006.
2. I. Ellacuría, “La tarea de una universidad católica”. Discurso en la Universidad de Santa Clara, 12 de junio de 1982, al recibir el doctorado *honoris causa*.

la cara oculta de la contradicción: su realidad de opresión e injusticia. Desde su pobreza, transparentaron la verdadera realidad de su marginación; y así se confrontaron contra el poder despótico del mal gobierno. Mostrar las llagas y las heridas de muerte que cargaban como pueblo, fue su gran fortaleza. Y en su realidad, y no en la forma como hasta ahora había sido publicitada su situación, vieron posibilidades nunca antes descubiertas para responder de manera diferente a lo que hasta entonces habían vivido. Su “ser” hablaba de algo estático, manipulado por los poderes fácticos; su “realidad”, hablaba de algo dinámico, de posibilidades de transformación nunca antes imaginadas por ellos.

Hacia una nueva propuesta

Desde Hegel, como reacción tanto al Racionalismo de Descartes como al empirismo de Hume, la modernidad intentó revertir el proceso racionalista posterior a la Edad Media que había llevado a un concepto reduccionista del ser humano. Por eso se dice, hablando filosóficamente, que la postmodernidad comienza con Hegel en 1835 al grito de la filosofía alemana: “Volvamos a las cosas”. Sin embargo, para Zubiri, ni Hegel ni Feuerbach ni Marx lograron la vuelta radical que tanto buscaban. El mismo Marx, a pesar de su materialismo, no lo logró, justo porque en su mismo retorno no cambió de paradigma epistemológico en que se movía su filosofía; no fue capaz de pasar de una teoría del conocimiento a una teoría de la inteligencia; del concepto, a la realidad. Por eso, su “vuelta a las cosas” fue un retorno a lo mismo: fue una vuelta racionalista-conceptual al mismo materialismo que pretendía convertir en fundamento de su praxis. Filosóficamente hablando, Marx no pudo superar a Hegel.

Apoyado en esa pregunta radical de la filosofía poshegeliana y en las incipientes pistas que dieron otros autores como Dilthey, Husserl y Ortega y Gasset, Zubiri rompió con la identificación que había entre inteligencia y conocimiento, y se centró en el proceso

anterior, al conocer que justo era el proceso sentiente de la aprehensión de la realidad. Su gran aporte consistió en hacer una teoría de la inteligencia como base y fundamento del proceso posterior que solemos llamar conocimiento. De esta forma, lo primero era hacer una teoría de la inteligencia y, posteriormente, desprender de ella una teoría del conocimiento o epistemología; pues —como cuestionó el mismo Zubiri— ¿quién dijo que lo esencial de la inteligencia era el conocer? Su respuesta lo hizo superar la filosofía anterior y justificar cómo con su concepción de la inteligencia sentiente se había logrado la vuelta radical a las cosas, es decir, se había logrado justificar el acceso a la raíz última de lo real.

Libertad y poder

Contrapuesto a toda la filosofía anterior, la propuesta de una “inteligencia sentiente” se convirtió en la base fundamental para el acceso a la realidad y para la creación de una antropología que en su esencia superó el dualismo tradicional de la filosofía. Desde su “sensibilidad inteligente”, ahora se comprende cómo la esencia humana consiste en realizarse frente a la realidad y en ella, pero nunca como su dueño. La realidad se le impone, es mayor que él. El hombre es libre, pero solo en ella y frente a ella; está distanciado, pero en la realidad. De ahí que esa “absolutez” o “soltura” del ser humano; su estar “suelto-de”, solo sea relativo. La realidad nos puede; la realidad “se impone”. No podemos jugar con ella; ella nos domina; es lo que Zubiri llama la “dominancia de la realidad”. La realidad es más que el concepto, es más que el ser, es más que lo que ahora vemos y sentimos; es más que las formas concretas que la sociedad va tomando según las épocas por las que va atravesando. Por eso el hombre ha de respetarla, pero simultáneamente ha de saber aprovecharla, pues ella ofrece las condiciones que en cada época son la clave para hacer avanzar la historia. Por ellas, cuando son llevadas a la inteligencia, la historia puede avanzar. Esto fue lo que lúcidamente captó Ellacuría y expresó de la siguiente forma: “La realidad no es

sólo lo que existe, sino también sus múltiples posibilidades”.

Obligados a pensar

La realidad es dinámica, da de sí; y al dar de sí, nos obliga a pensar. Eso fue una de las pistas importantes que Ellacuría siguió en su gestión como rector. Desde la palestra universitaria, se dio cuenta del poder de la realidad y de las posibilidades que ofrece, en la medida en que supo ir a lo último de ella, a las notas esenciales de las cosas reales, donde se encuentran las mismas condiciones de su transformación. Con todo el peso de la inteligencia universitaria, Ellacuría se dedicó a penetrar en esa estructura profunda de la realidad salvadoreña congelada por los grupos de poder y justificada como algo que “así era” y que no podría cambiarse. Como lo afirmó, “la realidad siempre da de sí, con tal de que sepamos captar sus posibilidades y actualizarlas mediante la construcción de nuevos modelos, exigiendo a la inteligencia que también ella “dé de sí”.

Saber estar en la realidad

Este planteamiento de Zubiri fue realmente importante para Ellacuría y, de hecho, empató con la pedagogía ignaciana. Lo fundamental del ser humano es estar en la realidad. Hay que estar en ella; estar y conocer el contexto, donde se realiza la salvación de la historia o donde se frustra. “En lo real tiene lugar el encuentro con el misterio de Dios”, como afirma un documento reciente del secretario social de la Compañía de Jesús que cruza el hacer universitario con el compromiso social³. Y para estar en la realidad, hay que meterse en ella. El contacto con lo humano, con sus dolores y sufrimientos, con sus gozos y esperanzas, con lo que verdaderamente pasa en nuestras sociedades, es el punto de partida, no solo de cualquier análisis o investigación

posterior, sino de nuestras tomas de posición, de nuestras convicciones éticas más auténticas.

Para Ignacio, este posicionamiento fue una consecuencia lógica de sus opciones filosóficas y lo expresó en una de sus afirmaciones más conocidas: “La universidad —nos dice— debe encarnarse entre los pobres para ser ciencia de los que no tienen ciencia, la voz ilustrada de los que no tienen voz, el respaldo intelectual de los que en su realidad misma tienen la verdad y la razón, pero no cuentan con las razones académicas que justifiquen y legitimen su verdad y su razón”⁴. Estar sentientemente en la realidad, dejarse impactar por ella, tener el valor de dejar reposar esa realidad en la inteligencia, fue la forma como él mismo fue concibiendo sus profundas convicciones. La opción por la fe y la justicia, hecha por la Compañía desde el año 75 es la que ha guiado las zonas donde queremos estar, aquellas en las que el mismo evangelio nos invita a estar y a permanecer. Por eso, no es lo mismo estar con los pobres y excluidos, que estar con los ricos y poderosos. De ahí que otro gran reto ineludible es decidir cómo se quiere estar en esa situación real que se ha experimentado. ¿De qué lado de la contradicción se quiere uno ubicar?

“Saber estar en la realidad”, “habérselas con lo real” ha de ser el gran talante de quien quiere dejarse llevar por el dinamismo de lo real. Para Zubiri, la conciencia no es más que “el grito de la realidad camino al absoluto”. Y es la persona quien ha de enfrentarse al dilema ético: o acrecentar la absolutez, la soltura, la libertad de la propia realidad que su inteligencia sentiente le ha proporcionado, dejándose llevar y orientar por ella misma como ultimidad, o perderla dejando que sus decisiones progresivamente vayan anulando su propia absolutez y destruyendo su esencia humana, en una pérdida progresiva de su propia libertad.

3. *Universidad y cambio social*, 2014.

4. I. Ellacuría, “La tarea de una universidad católica”. Discurso en la Universidad de Santa Clara, 12 de junio de 1982, al recibir el doctorado *honoris causa*.

Preeminencia dialéctica de la unidad

Pero es obvio que, en un mundo polarizado por los extremos y sus contradicciones, se nos esconde su articulación. Parece como si una parte no tuviera que ver con la otra. Desde la filosofía de Zubiri, la unidad tiene prioridad formal respecto de sus partes. Es lo que implica al afirmar que la realidad es respectiva: es decir, una parte no se explica sin la otra y viceversa. Las dos son “notas-de” la misma realidad; sin embargo, a la ideología del poder le conviene romper esa unidad respectiva, estructural, para dar la apariencia de que la riqueza de unos no tiene que ver con la pobreza de los otros, el bienestar de unos con el malestar de los otros, cuando en verdad cada polo de la sociedad solo es un momento de una única realidad, cuya unidad explica en profundidad la relación estructural que existe entre ambos y las causas que lo explican. La realidad es un constructo, concepción contraria al mundo “líquido” de la posmodernidad en el que reina la pulverización de la estructura unitaria de lo real.

Tarea de la universidad

Para Ellacuría, experimentar el dolor de los pobres y mirarlo desde el lujo desorbitado de las familias que acaudalaron la riqueza salvadoreña y de los militares garantes de sus privilegios fue lo que le hizo ofrecer, desde el podio de la universidad, sus diversos análisis que desmentían las versiones oficiales de esos mismos grupos de poder. La realidad es la única atalaya que ofrece mejores condiciones para llegar a la verdad. “El problema visto dialécticamente —señala— lleva a que la Universidad se proponga cumplir con su misión propiamente universitaria y con su misión como institución social, desde la perspectiva de los derechos humanos de las mayorías populares oprimidas. Para lo cual habrá de interpretar y transformar no sólo la realidad que la circunda, sino más inmediatamente el

entramado ideológico que la refleja, pero que también sustenta esa realidad”⁵.

Desentrañar ese “contenido ideológico” con el que el poder —sea del signo que sea— mantiene dominadas a las grandes mayorías de la población ha de ser el esfuerzo de la inteligencia universitaria, basada en una filosofía como esta, que sabe que la ideología no equivale a la realidad, que el concepto no es el todo de ella y que la situación histórica de los pueblos en un momento determinado no es lo definitivo. Como contrapartida, también es cierto que nadie puede declararse poseedor absoluto de la verdad: el concepto siempre se quedará un paso atrás de cualquier realidad que se busque comprender.

Hacer justicia a la realidad es “ajustarse a ella”. De ahí que la verdad es aquello que “se ajusta a la realidad”, que le hace justicia pero a la realidad profunda, a su estructura esencial última con la complejidad de todo su entramado y el dinamismo que alberga, a fin de llamar a las cosas por su nombre y descubrir en ese proceso qué es lo que más les hace justicia, para revelar si ahí se están negando o afirmando las posibilidades de vida que la realidad ofrece.

Desde la parte débil de la contradicción

Ellacuría supo ponerse del lado débil de la contradicción, porque esa fue su opción ética: ¿qué hacer —se habrá preguntado sin duda— para que esas mayorías salvadoreñas pudieran recuperar la dignidad perdida, su capacidad para decidir su propia vida y no estar sometidos a los caprichos e injusticias progresivas de la otra parte de la contradicción? Y de ese lado se mantuvo. Fiel al dinamismo de la realidad, supo estar donde debía de estar. Y optó por permanecer, a pesar de que esa misma opción, lo podía llevar, como de hecho lo llevó, al martirio.

5. I. Ellacuría, “Universidad, derechos humanos y mayorías populares”. ECA núm. 406, 1982.

Convencido de que cada decisión, hasta la más insignificante, determinaba su relativo ser absoluto —como afirma la antropología zubiriana—, mantuvo su coherencia hasta el final. Fue tomando las decisiones necesarias que le fueron haciendo “justicia” a la realidad. Descubrió la invitación del evangelio y permaneció en él, sabiendo que su lucha era contra un mal terriblemente poderoso: “El mal común —así llamado por Ignacio—, representa todo este absurdo que hoy vivimos. Es un mal histórico, radicado en un determinado sistema de posibilidades de la realidad, a través del cual actualiza su poder para configurar maléficamente la vida de los individuos y grupos humanos. Se trata de una negatividad encarnada y generada en y por las estructuras sociales, que niega o bloquea la personalización y humanización de la mayoría”⁶.

Con una clara conciencia de los graves impactos que ese mal producía, llegó a la siguiente formulación:

No partimos de una situación neutra, sino de una situación fundamentalmente deshumanizadora del hombre. La presencia del mal en el mundo es tan masiva y de tal implicación con la vida personal de los hombres, que, abstracción hecha culpabilidad, no se puede negar la realidad objetiva del mal y la presencia de la voluntad histórica del hombre en la realización de ese mal.⁷

Fundamentalidad de la realidad

Sin embargo, como también sostuvo Zubiri, “mientras hay realidad hay esperanza”, pues en ella encontramos algo que en un momento determinado nos pueden ayudar a transformar lo real, bajo la concreción que sea. Ella es lo último: más allá de ella no hay nada; es más que las formas concretas como el mal se ha

encarnado en la historia. No podemos desafiarla, como no podemos desafiar las leyes de la física; pero sí podemos apoyarnos en ella para superar los límites históricos que como seres humanos le hemos puesto a nuestras relaciones. “Al dar qué pensar”, el ser humano puede idear una transformación social, política, humana; pero solo solo harán más pleno al ser humano y su entorno, si son verdaderas posibilidades de realidad y no del concepto o de la idea.

Ellacuría lo expresó de la siguiente forma:

La verdad de la realidad no es lo ya hecho; eso es sólo una parte de la realidad. Si no nos volvemos a lo que está haciéndose y a lo que está por hacer, se nos escapa la verdad de la realidad. Hay que hacer la verdad, lo cual no supone poner en ejecución, realizar lo que ya se sabe, sino hacer aquella realidad que en juego de praxis y teoría se muestra como verdadera.⁸

A fin de cuentas, no podemos perder el respeto a la realidad, porque ella, de una u otra forma, nos puede, nos impele, nos obliga. Ella está frente a nosotros y, decidamos o no, ya estamos determinando nuestra postura ante ella. No podemos permanecer indiferentes. La realidad nos impele a actuar, querámoslo o no. El gran reto es saber dónde queremos estar.

De ahí que mientras más honestos seamos con la realidad, más plenitud tendremos; aunque esto sea un proceso demasiado complejo en algunos casos. Dicho en otros términos: el que vive de acuerdo a la verdad —no a su verdad—, sino a la verdad real, tendrá la vida verdadera, como dice el Evangelio. Y esto fue una obsesión de Ellacuría: fidelidad a la verdad, a la realidad, a la vida, a lo absoluto.

6. I. Ellacuría, “Justicia, política y derechos humanos”, en *Estudios Centroamericanos (ECA)*, marzo, 2013.

7. I. Ellacuría, “Ética fundamental”, Archivo Ignacio Ellacuría, UCA. El Salvador. Publicado en I. Ellacuría, *Cursos universitarios*, San Salvador: UCA Editores, 2009.

8. Ellacuría, I. *La filosofía de la realidad histórica*. San Salvador: UCA Editores, 1994.

Confrontación con lo real

Por eso tomó tan en serio esa triple formulación de Zubiri que este expresó en los siguientes términos: el que ha puesto la realidad en la inteligencia no tiene otro remedio que “hacerse cargo de la realidad, encargarse de ella y cargar con ella”. “Hacerse cargo de la realidad” es el tomar conciencia de que la gran responsabilidad del ser humano es tomar en serio a la realidad. Hoy en día, la destrucción progresiva de nuestro eco-sistema, la indiferencia que hemos tenido ante el deterioro ecológico, la superficialidad y cinismo con el que se priva la vida de cualquier ser humano nos está diciendo que la humanidad no se ha hecho cargo de la realidad; que no ha caído en la cuenta de la gravedad del tema y de las consecuencias terribles que de ahí se desprenden.

Pero, si asumimos el primer presupuesto, entonces tendremos que asumir el segundo, que implica bajar al concreto, asumir las consecuencias de la opción anterior. “Hacernos cargo de la realidad” nos lleva necesariamente a “encargarnos de ella”; nos lleva a concretar las acciones reales con las que responderemos a esta conciencia asumida en el primer momento: es justo la concreción de la opción ética, resultado del primer momento que implica el poner al servicio de las situaciones históricas todo el peso de la inteligencia universitaria. Encargarnos de ella es sumamente serio; es ponernos delante de los grandes retos que la humanidad actual en su realidad histórica concreta nos está arrojando al rostro y responder propositiva y comprometidamente para dar una respuesta creativa y eficaz. Por tanto, el saber universitario puramente teórico carece de sentido. Como él mismo lo afirmó “la teoría no se sostiene por sí misma, si no busca dar soluciones a la realidad, de manera que se logre una dialéctica y un equilibrio entre la acción y el pensamiento”⁹.

Sin embargo, esto no concluye aquí, para la filosofía zubiriana. El que ha dado los dos primeros pasos, como lo hizo Ellacuría, tendrá que asumir el tercero: la realidad es “algo con lo que hemos de cargar”. No es fácil esta invitación a cargar con lo real. Mantener la fidelidad a la verdad, a la realidad, cueste lo que cueste, implica una carga; aunque, a lo largo de la vida, es lo único que puede realizarnos, que puede hacernos verdaderamente plenos, humanos, completos; en una palabra: es la fidelidad a Dios, como realidad última, absolutamente absoluta, que clama en las cosas reales con gritos de libertad y de justicia. Ese Dios, que visto desde el Evangelio es el Dios de los pobres, fue a quien Ignacio Ellacuría se entregó sin condiciones, con una fidelidad sellada por la muerte. Hizo una “probación de realidad” hasta sus últimas consecuencias. “Cargar con la realidad” es la opción que queda flotando en el horizonte de todos aquellos que han querido tomar en serio la vida, aún a costa de la suya propia. Las balas de aquella fatídica noche aún resuenan en nuestro interior, consecuencia de un estilo de vida fiel a la realidad, de Ellacu y sus compañeros y compañeras mártires. Les arrancaron la vida, pero no su espíritu. Quisieron destruir su inteligencia, pero esa quedó intacta.

Lo grave es que hoy en día son pocas las culturas que favorecen el encarar el problema fundamental del ser humano: esta capacidad de “hacerse cargo de la realidad”. Mientras mayor sea la alienación, la separación del centro vital del ser humano, la incapacidad de ser suyos frente a toda realidad, menor será la posibilidad de realizar la propia esencia, la felicidad compartida y comprometida a la que todo ser humano hemos sido llamados.

La realidad histórica, objeto formal de la inteligencia

Dando un paso más, podemos llegar quizá a aquello que fue el aporte más funda-

9. I Ellacuría, “Universidad y política”. *Estudios Centroamericanos (ECA)*, núm. 383, 1980, Pontificia Universidad Javeriana. Orientaciones Universitarias, núm. 2, Santa Fe de Bogotá, 1999, 33-58.

mental de Ellacuría a la misma filosofía de Zubiri, fue capaz de ir más allá de su propio maestro, haciendo una afirmación filosóficamente osada. Mientras que para Zubiri la realidad es el horizonte trascendental último de la inteligencia, aquello para lo que ella está configurada, para Ellacuría esa realidad se concretaba en la historia, sin perder su condición trascendental. En consecuencia, designó a la “realidad histórica” como el objeto formal de la inteligencia. Comprendió que su función esencial estaba formalmente dirigida a penetrar la estructura última, esencial, de lo que va constituyendo la vida en sociedad del ser humano; el espacio donde se juega su realización, su “hacerse real”; o donde no se juega y aparece entonces su destrucción y su desgracia. Ahí es donde se debate el presente y futuro de la humanidad; y ahí es donde la inteligencia, al poner esa realidad histórica en ella misma, podrá descubrir si la realidad va *dando de sí*, si se están creando mayores posibilidades de realidad o si se están disminuyendo, con el consecuente deterioro y, finalmente, muerte, del proyecto humano.

No es, entonces, la realidad solamente la que nos obliga a pensar; sino muy en concreto, la “*realidad histórica*” con todas sus riquezas y contradicciones. Para eso está hecho el ser humano: para penetrar profundamente en el propio ecosistema humano sociohistórico que ha construido, y analizar en profundidad si está generando la vida en abundancia, que el mismo Jesús en el Evangelio nos revelaba como el gran deseo del Padre.

Sin duda, que la realidad es lo último; pero esa ultimidad va tomando diversas formas históricas e históricamente nos va imponiendo responder a ella. La historia va siendo el resultado de la actualización progresiva de posibilidades, y no simplemente la actualización de realidades. “Lo real no es solo lo que existe, sino también lo que puede llegar a ser”¹⁰,

Conceptos todos que hasta ahora siguen inspirando y modulando nuestras universidades de AUSJAL, realmente comprometidas con sus diversas realidades históricas.

En el fondo, ese es el gran aporte de la inteligencia universitaria. No solo el crear las dimensiones técnicas y científicas del desarrollo humano, sino el descubrir y garantizar que eso conlleve a la construcción del “hombre nuevo”, tan deseado por el momento inicial de la revolución nicaragüense, justo en el contexto donde se realiza la acción universitaria.

Y ese esfuerzo “universitariamente académico” fue la forma como Ellacuría realizó su gestión al frente de esta Universidad en la que ahora nos encontramos celebrando su testimonio y recogiendo su legado después de los veinticinco años de su martirio. Su gran aporte como rector fue poner el aquí y ahora del contexto en las propias aulas de la institución, con sus aspectos positivos y negativos: ¿qué hay de verdad en ella, qué hay de ideologías, de verdades a medias, de puntos ciegos, de aspectos que son manejados como verdaderos para justificar la dominación y la manipulación?; ¿qué hay detrás de las decisiones y del ejercicio del poder que realizan los poderes fácticos? Solo entonces vale la pena gestionar una universidad jesuita. Para Ignacio, la universidad no podía quedar encerrada en sí misma, dedicándose solo a transmitir conocimientos a sus alumnos, para insertarse —según aquella célebre y conocida frase del P. Xavier Gorostiaga— “en sociedades fracasadas”.

Desde el concepto potente de la formalidad de realidad que critica todas las concreciones históricas del ser humano, se abre la oportunidad de analizar con otros ojos la posibilidad de cambio de las mismas y de su intervención dominadora para su transformación.

10. Ideas tomadas del discurso del Mtro. David Fernández, S. J., en la inauguración del Centro de Derechos Humanos de la Universidad Iberoamericana de Puebla, 24 de marzo del 2010.

Pero no solo eso. Simultáneamente, la presencia de esa realidad se convierte en un cuestionamiento permanente de la misión universitaria, la cual habrá de preguntarse si sus funciones esenciales están respondiendo a los requerimientos y retos que esa realidad histórica le está planteando. El esfuerzo académico se torna ingente, pues pretende incluso la modulación del propio acto educativo, de acuerdo a los principios últimos que nos constituyen como Universidad ignaciana: el servicio de la fe y la promoción de la justicia. Si pensamos que la esencia de la Universidad se agota en la enseñanza de los estudiantes, nos hemos quedado cortos.

Para Ellacuría, esa no puede ser el sentido prioritario de una institución jesuita de educación superior, aunque esto para otros pueda ser cuestionable. “El sentido último de la universidad —nos dice— y lo que es en su realidad total, debe mensurarse desde el criterio de su incidencia en la realidad histórica, en la que se da y a la que sirve”¹¹. Desde su punto de vista, lo fundamental de ella es el poder que tiene para publicitar la verdadera realidad que explica y explicita la opresión del pueblo, para sugerir nuevas alternativas que favorezcan la construcción de una sociedad más al modo del Reino de Dios y, finalmente, para la generación de una nueva ciudadanía en y con el compromiso de nuestros mismos estudiantes.

Si la Universidad atiende, por consiguiente, a la realidad histórica, entonces se convertirá en una universidad histórica; pues estará siempre respondiendo a la evolución y transformación necesaria de la sociedad. No se quedará atrapada en “su ser”, en la forma como es hoy, como si eso fuera algo definitivo e inmutable. Su fidelidad no será hacia el pasado, sino hacia el dinamismo que hay en el presente con los ojos puestos en el futuro.

La inteligencia universitaria ha de ser, entonces, la garante de la relación dialéctica de la universidad con la realidad, especialmente con aquella con la que la universidad quiere que los estudiantes se involucren, y que, desde los principios de la Compañía de Jesús, es la del reverso de la historia, la de los pobres y excluidos.

De aquí surge, en términos ellacurianos, la misión de la Universidad:

La universidad debe formal y explícitamente, no sólo dedicarse al mejor logro de los derechos fundamentales de las mayorías populares, sino que, incluso, debe tener como horizonte teórico y práxico de sus actividades estrictamente universitarias la liberación y desarrollo de esas mayorías. Y esto, de un modo preferencial.¹²

Compromiso con la verdad

En todo este proceso, hay un supuesto ético fundamental, que Ignacio vivió con una gran radicalidad. Es el gran tema zubiriano de la “voluntad de verdad”. No es posible vivir lo anterior, si no tenemos una verdadera voluntad de acceder y vivir en la verdad. Y esto no es fácil, pues lo fácil es contarnos aquellas historias que nos justifican, que nos hacen ver exitosos, justos, honestos, honrados. Solemos vivir en la mentira con demasiada facilidad. ¿Cuántas veces ocultamos incluso las incongruencias de nuestras mismas universidades, aduciendo ideas y justificaciones que solo buscan tapar deseos de control y conservación del poder?

Sin embargo, cualquiera de nosotros podrá tener “voluntad de verdad” y caer en la manipulación de los conceptos. Por eso Zubiri va más allá. No es lo mismo tener “voluntad de verdad de ideas”, que tener “voluntad de verdad real”. Aquí está la gran diferencia. Si

11. I. Ellacuría, “Diez años después, ¿es posible una universidad distinta?”, *Estudios Centroamericanos (ECA)* 324-325, 1975, pp. 605-628.

12. I. Ellacuría, “Universidad, derechos humanos y mayorías populares”. *Estudios Centroamericanos (ECA)*, n.º 406, 1982.

lo que buscamos, una vez más, es la verdadera realidad, entonces no nos quedará más remedio que dejar hablar en nosotros a esa misma realidad profunda desde su dimensión histórica. Nuestro deseo será ir hasta la última profundidad de cualquier realidad que se nos vaya presentando: sea social, material, personal o histórica. Cualquier concepto será cuestionado desde esa realidad. La fidelidad será hacia la realidad profunda de cada cosa y, en el concreto de Ellacuría, a la realidad histórica.

En cambio, la voluntad de verdad de ideas, se queda en un espacio anterior: confunde los medios con el fin. El concepto es para llegar a la realidad, en la medida en que prioritariamente haya sido puesta en la inteligencia sentiente; posteriormente, el logos y la razón podrán formular lo que hay ya en la inteligencia. Pero no al revés. Lo que la voluntad de verdad de ideas hace es acomodar la realidad al concepto y no el concepto a la realidad; elimina los aspectos contradictorios, para subsumirlos en teorías ideológicamente armónicas, de acuerdo a intereses determinados.

Esta voluntad le permite a Ellacuría dar un paso más que se encuentra en la siguiente afirmación:

La mayor parte de la humanidad —constata— vive en condiciones inhumanas cuando, no sólo una parte muy pequeña vive hastiada en la sobreabundancia, sino —lo que es peor— cuando eso sería... fácilmente resoluble si se impusiera la voluntad moral de los pueblos, sobre el dinamismo ciego y dominante de los intereses económicos y de la prepotencia política.¹³

De esta forma la “voluntad de verdad real” se proyecta en una “voluntad de verdad moral” que iluminada por la inteligencia se compromete apostando por la humanidad, por el bien común, por la atención a la vida desde

los pobres, lugar teológico en el que se juega el proyecto de Dios.

Conclusión

A pesar de los riesgos que esto supone, Ignacio siguió adelante: no ocultó las zonas oscuras de la realidad; no suprimió las contradicciones de la dura situación del Salvador. Para él fue totalmente nítido que la opción de la universidad eran los pobres, los excluidos, las víctimas del sistema; y su misión era hacer que ellos tuvieran “vida en abundancia” y se pudieran liberar de cualquier poder que destruyera su propia dignidad.

Desde la filosofía de Zubiri, esta es la gran pregunta: ¿cuál es nuestra opción de vida: las ideas, o la realidad; la indiferencia y el cinismo, o la responsabilidad y compromiso moral, y qué precio estamos dispuestos a pagar por ello? La persona o institución que ha puesto la realidad en la inteligencia será llevada por la fuerza que ella tiene. La realidad es poderosa, tiene poder; y estando en ella, nos lleva. No es lo que sucede con el concepto: este está sometido al poder del pensamiento; nos permite manipularlo de acuerdo a nuestros intereses. Contrariamente, estar y permanecer en la realidad es como estar en un gran río que nos arrastra. Cierto, pero que también nos ofrece la única posibilidad que nos permitirá realizar la vida con aquella plenitud que jamás podrán brindar los discursos y las ideologías, mucho menos las mentiras que sostienen el estatus y el poder.

Por eso al que ha puesto la realidad histórica en su inteligencia no le quedará más remedio que “hacerse cargo de la realidad, encargarse de ella y cargar con ella”. Esta triple afirmación, ya aludida, es la que de alguna manera expresa el penoso esfuerzo por mantenerse en la voluntad de verdad real, en la voluntad moral, y poder vivir en plenitud la responsabilidad humana de cuidar la creación de Dios en todas sus múltiples expresiones.

13. I. Ellacuría, “Subdesarrollo y derechos humanos”. *Revista Latinoamericana de Teología* n.º 5, 1992, p. 4.

Este es el testimonio de Ignacio Ellacuría. Su persona, su obra, sus decisiones y, principalmente, su testimonio nos han dado y seguirán dando qué pensar; pero sobre todo, nos estarán invitando a compromisos cada vez más serios, más hondos, más cristianos. Pudo haberse quedado callado, regresar a su país y morir en una ancianidad tranquila; pero la realidad se le impuso; el poder de la realidad lo llevó a seguir adelante; a ser fiel al pueblo que él había adoptado y por quien también había sido adoptado, a ser coherente con ella, aún al precio de su vida. Si hubiera sido prudente, nada le hubiera pasado, pero sin duda no hubiera trascendido la historia ni nos hubiera dejado el legado que nos heredó. A Ellacuría “no lo mataron por defender ideales universales, de verdad o justicia, sino por defender a los pueblos crucificados, a las personas concretas”¹⁴.

“Encarnar entre los hombres el Reino de Dios —nos dice—, en el que la injusticia vaya siendo vencida paulatinamente por una lucha incesante, nacida del amor y de la necesidad de que el amor sea el mandamiento primario entre los hombres; en el que tras una incesante liberación sea posible una plena libertad personal, que facilite el desarrollo y la perfección de la persona con todos sus derechos y deberes; en el que sea factible una vida personal y una historia social abierta a un futuro siempre mayor, que despierte la esperanza; en el que los hombres y los grupos no se cierren sobre sí mismos, sino que se abran, por el camino de Jesús, a un Dios que es más grande que los pensamientos y que los pecados de los hombres”¹⁵, es el gran legado que nos dejó.

Muchas gracias

San Salvador, 19 de noviembre del 2014.

14. Mtro. David Fernández D, S. J. Discurso pronunciado en la inauguración del Centro de Derechos Humanos de la Universidad Iberoamericana de Puebla, 24 de marzo del 2010.

15. I. Ellacuría, *Escritos Universitarios*; *op. cit.*, p. 102